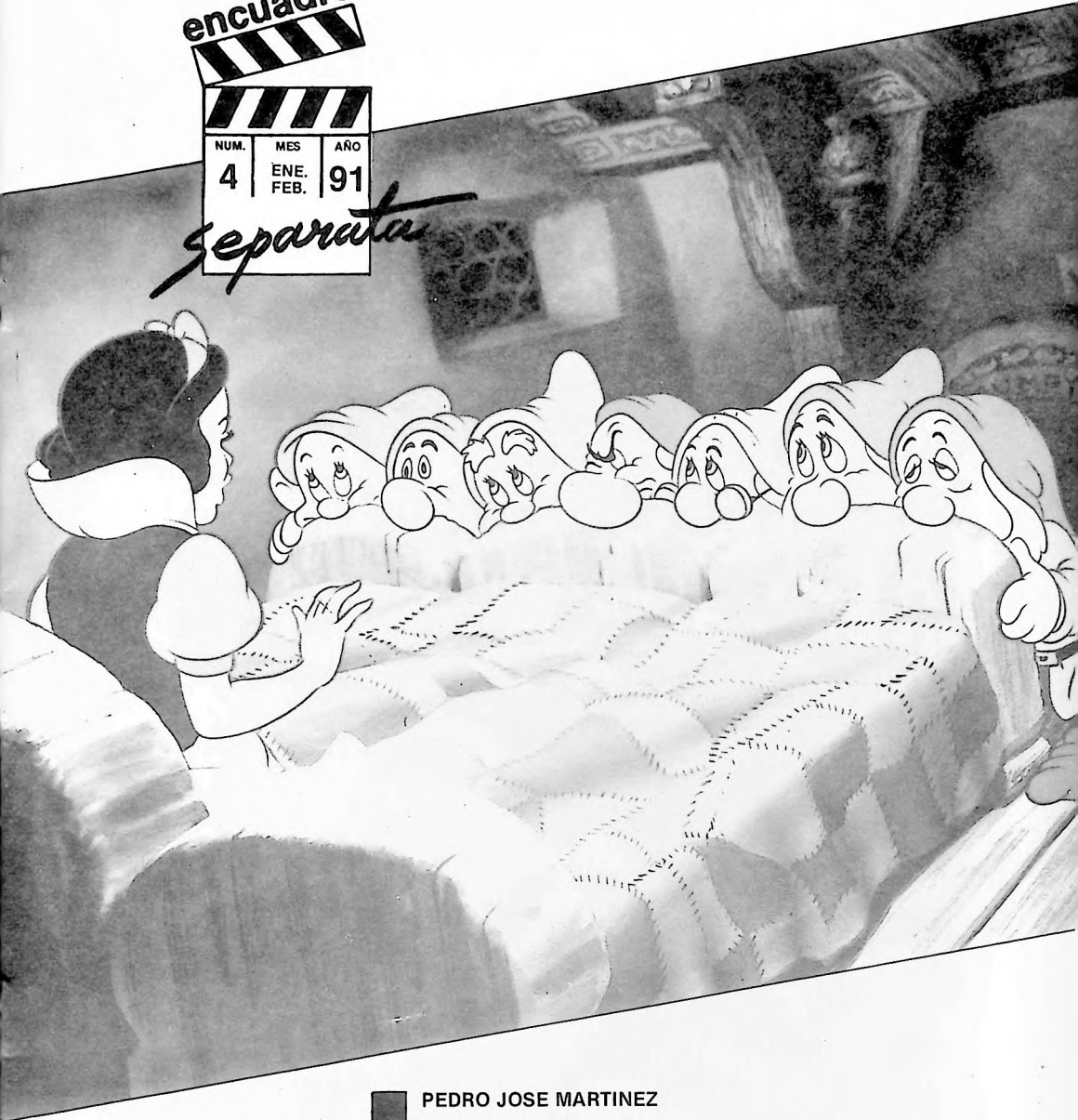


encuadre



NUM.	MES	AÑO
4	ENE. FEB.	91

*separata*



PEDRO JOSE MARTINEZ

## Ella pronuncia mi nombre

(Cuentos acerca de madonnas, cristos, caperucitas y el cine.  
Puro cuento)



Madonna.

En otros tiempos yo salía frecuentemente con mi amigo, el gordito de los anteojos que vive en Mac Aracuay, y con su novia, Madonna Mac Donald. Ibamos juntos al cine, después comíamos pizza bien regada de cervezas y charla post-cinematográfica, hasta que al final cada quien se iba por su lado: ellos, llevando consigo su alegre y ostentoso amor; yo, cargando sobre los hombros el peso aplastante de mi amor imposible y secreto por la novia de mi amigo.

Fui quien se la presentó. Y ya para entonces yo la amaba; para ser exacto, la amé desde el momento en que la vi por primera vez, dentro de una hamburguesería cruzada por gritos, por olores de fritanga y por un estridente fondo musical de **Material Girl**, circunstancias que me llevaron a bautizarla de inmediato con el apodo eufónico-cacofónico que ya es su marca de fábrica. El mérito denominador me enorgullece, pero no es suficiente para hacer perdonable la estúpida timidez que me impidió ir más allá en las repetidas ocasiones cuando salimos juntos, y en las que yo iba confirmando, cada noche con más fuerza, la profundidad del amor que sentía y que no me atrevía a confesarle. En una de esas nos encontramos al gordito, mi viejo compinche, quien no titubeó dos segundos después de presentado para caerle con *full* artillería, de modo que en menos de una semana eran novios, obscenamente dichosos, e irresponsablemente dispuestos a que continuásemos saliendo juntos, con total desprecio hacia el bien conocido hecho de que el tres es número con espinas. Me imagino que, como todos los que gozan de felicidad plena, estaban ciegos para el sufrimiento ajeno. No podían ver otra cosa que su

#### Pedro José Martínez

Ya es costumbre que ofrezcamos una breve semblanza de los autores de las separatas. Sin embargo, lamentamos no poder hacerlo en este caso, pues de Pedro José Martínez apenas sabemos que es miembro de la Asociación Venezolana de Críticos Cinematográficos, que es miembro de la redacción de la revista **Cine-Oja** y que, por supuesto, es colaborador de **Encuadre**. Pero las restantes características de este oscuro personaje constituyen un misterio, aún para nosotros.

satisfacción ilimitada, y deseaban ingenuamente compartirla con su querido pana, este modesto servidor de ustedes

Lentamente, como quien no quiere la cosa, fui espaciando nuestros encuentros hasta que un buen día desaparecí de la escena, decidido a no seguir agonizando en aquel estoicismo torpe, de carcajadas falsas y prefabricada camaradería, fingiendo no verme los cuernos, que no por imaginarios, presuntos o privados eran menos humillantes. No sé muy bien cuanto tiempo pasó después de mi desertión. Una noche, como todas, yo me roía por dentro pensando en la amada e inalcanzable Madonna Mac Donald, cuando ella se presentó en persona, irrumpiendo sin aviso en mi casa. Me miró directo a los ojos durante un larguísimo silencio, para luego decirme en un ronco, doloroso, susurro: "Por qué serás siempre tan absoluta y totalmente imbécil". Acto seguido, empezó a quitarme la ropa.

Varias horas después ella dormía de lado, dándome parcialmente la espalda, mientras yo miraba sus hombros y el quiebre de su cintura a la luz de la lámpara de la mesa de noche. Me estaba fumando el clásico cigarrillo de las reflexiones éticas, conocido también como "cigarrillo del ratón moral". Pensaba, dese luego, en mi amigo el gordito de los anteojos. "Va a decir que somos un par de ratas", me lamenté; "tal vez lo seamos". Un par de bocanadas más tarde, rectifiqué: "No lo creo. Todos tres somos gente de primera. Estas cosas pasan, y punto. Ahora, donde la cuestión se pone peluda es si al gordo le da por lavar la ofensa con sangre". Tremendo problema. ¿Qué hacer? En todo caso habría que presentar batalla, pues la alternativa era el deshonor y en ello ni pensar, Sancho amigo. Claro, conociendo al gordito quedaban descartados automáticamente revólveres y puñales. Menos mal.



Madonna.

Sin embargo, la perspectiva de tirarme unos carajazos con el gordito me molestaba. Tal vez fuese conveniente dejarse golpear por el Oteló enfurecido: así lo compensaría de algún modo por la pérdida. "Cómo se me ocurre", recapacité de inmediato. "Estoy cayendo en fantasías expiatorias, medio masoquistas. Esto era lo último que me faltaba. Parezco una especie de Jesucristo. Si el gordo se me atraviesa con brinquitos raros, nada de poner la otra mejilla y toda esa monserga de la mansedumbre y la expiación. Directo a la boca del estómago y a la entrepierna, para después rematar en el puente de la nariz y los pómulos, con anteojos y todo, como me enseñó a hacerlo Tyson antes de la debacle. No Mike, naturalmente, sino *Cicely Tyson*".

Pocos segundos más tarde se me desinfló de nuevo el entusiasmo. Obviamente era una más de mis fantasías baratas, esta vez del tipo Rambo. Estrujé la colilla en el cenicero y miré el cuerpo desnudo de Madonna Mac Donald, quien en su sueño había cambiado de posición y ahora yacía boca arriba, roncando casi imperceptiblemente. Parecía sonreír. También yo lo hice, al meditar en que se había despojado de todas sus prendas menos de una, al estilo Marilyn. Pero lo que llevaba no era Chanel N° 5, sino una delgada cadenita de oro en torno al cuello, de la cual pendía un diminuto crucifijo del mismo metal. Apagué la lámpara y todo quedó en penumbra, pero la cruz de oro parecía lanzar destellos. "Algo refleja", pensé, ya casi dormido.





La última tentación de Cristo, de Martin Scorsese.

Uno de los aspectos más desagradables de mi amigo el gordito, es su pedantería. Siempre está dándome lecciones de historia, de filosofía, de termodinámica, de comunicación de masas, de metodología de la investigación, de genética, de gnoseología de la estética, de sociolingüística y de budismo zen. Cuando nos volvimos a ver no me desafió, ni lloró, ni exigió explicaciones, sino que declaró pomposamente que nos deseaba a Madonna y a mí la mayor de las felicidades maritales, concubinarias, arrejuntísticas o devezencuandísticas, y que no pensáramos que había en él ni un ápice de resentimiento. Al contrario, esperaba que, como gente racional, siguiéramos siendo buenos amigos. Una lección, desde luego. Una falsísima y pedantísima lección que se resumía en “fíjense qué tipo tan neumático y ultraespiritual y superavanzado soy yo, par de ratas”.

Uno de estos días, dejé a Madonna durmiendo. Esa mujer sí duerme, verdaderamente. Pareciera que no hay sino dos cosas que le gustan en la vida. Una de ellas es dormir, sin duda alguna. En fin. Eran como las dos y pico de la tarde cuando, al salir de un banco, me topé otra vez con el gordo. De narices, literalmente, de manera que

ninguno de los dos se pudo hacer el loco y tuvimos que montar el teatro de la civilizada cordialidad. Me imagino que yo pasaba mejor el trago porque, viéndolo bien, mis cuernos —sufridos en el vago terreno de la ilusión— eran considerablemente más viejos y chiquitos que los suyos, sufridos en el neurálgico terreno de la realidad. Aparte de que los míos ya habían cicatrizado, mientras que los suyos estaban en pleno crecimiento.

“Habiendo tantas agencias del maldito banco, ¿por qué tenía yo que venir a la de aquí, si sé de sobra que estos son sus predios? ¿Acaso no lo llamaba yo, cuando él y Madonna se empataron, *el gordito de Mac Aracuay?*”. La voz del gordo me sacó de estas apesadumbradas meditaciones. Estaba sugiriendo que nos tomáramos un cafecito. “Okey”, me dije para mis adentros, “y tomado el cafecito, cada cual coge camino”.



La última tentación de Cristo, de Martin Scorsese.

Pero no. El gordo estaba lanzado, hablando y hablando. Efecto de la soledad, probablemente. Lo cierto es que no paraba, y ya me tenía en estado pre-cataléptico cuando noté que estaba diciendo no sé qué acerca de Cristo. Desperté y paré la oreja pensando, por asociación todavía no suficientemente clara, en el crucifijo de Madonna. "Ese Cristo sociológico no me dice nada a mí", concluía el gordito. "¿Qué pasa?", indagué, "¿es que viste **La última tentación?**". Me miró con suspicacia: "¿Como que estabas pensando en otra cosa mientras yo hablaba, o qué? Llevo media hora comentándote la película". Puse cara de circunstancia: "Me distraje. No te vayas a calentar. Resúmeme la cosa, ahí, en cuatro patadas, con tu famoso don de síntesis".

"No. Prefiero comunicarte el mensaje a través de una parábola". "Bestia", me atemoriqué, "¿será que el gordito se tostó con el corte que le echó Madonna, y ahora piensa que es el Hijo de Dios? La pusimos, Watson, como dijo Sherlock frente al cadáver del mayordomo". Pero el gordito seguía, impertérrito: "Se trata de una anécdota personal. Me ocurrió en Nueva York, en la semana santa de 1989, hace un par de años". Suspiré, aliviado: "Es el mismo gordito de siempre, el mismo pedante insoportable. Su pedantización favorita son las aventuras de la vida real, que le han ocurrido en librerías de Nueva York, catedrales de Sevilla, puentes sobre el Támesis, piazzas florentinas o cafés de París. El tercio es tan fino que resulta incapaz de vivir una aventura en la esquina de su casa, o por lo menos a la entrada de Río Caribe, viniendo de Carúpano". El ya iba lanzado con su cuento.

Como tú sabes, yo pasé la semana santa de 1989 en Nueva York. Esa vez cayó temprano, como a mediados de marzo, y todavía hacía bastante frío. Para colmo, casi todos los días llovía con unos vientos huracanados que dejaban, a la mañana siguiente, una cosecha de paraguas destrozados, bufandas, guantes y orejeras rotas y embarradas, formando pilones en las esquinas, a la espera de los recicladores de basura. El viernes santo, por milagro, hubo un solcito más o menos aceptable, aunque la temperatura apenas si llegó a unos ocho o diez grados. De todos modos, milagro es milagro, y más en viernes santo. Esto sabemos agradecerlo los devotos creyentes en el ateísmo crítico, de forma que me embojoté bien y en la estación de la calle 53 con Lexington tomé el tren subterráneo "F", que baja hasta la calle 4 y luego dobla a la izquierda para cruzar el río y pasar a Brooklyn.

Al llegar a la calle 8 me bajé, en la estación del cruce con la Mac Dougall, y caminé dos cuadras, siempre hacia el sur, hasta la plaza Washington. En la acera suroeste de la plaza, es decir, sobre la cuatro por la Mac Dougall, está la librería de la Universidad, que era mi objetivo. La encontré cerrada. Cosa inexplicable porque, como tú sabes, el viernes santo no se cierra

nada en Manhattan. Pregunté por ahí, y la gente estaba tan desconcertada como yo, pero lo que quedó claro es que ese día yo no compraría mis libros. Aventuré una improbable crisis devocional de *roman catholicism* en el hasta entonces pragmática y comercialmente presbiteriano administrador de la librería, y me fui silbandito por la vieja calle Mac Dougall; siempre es reconfortante pasearse por el *Village* en un día de finales del invierno, sin lluvia. Ya que estaba ahí no era cosa de desperdiciar la ocasión. Los subproductos, como te gusta decir a ti.

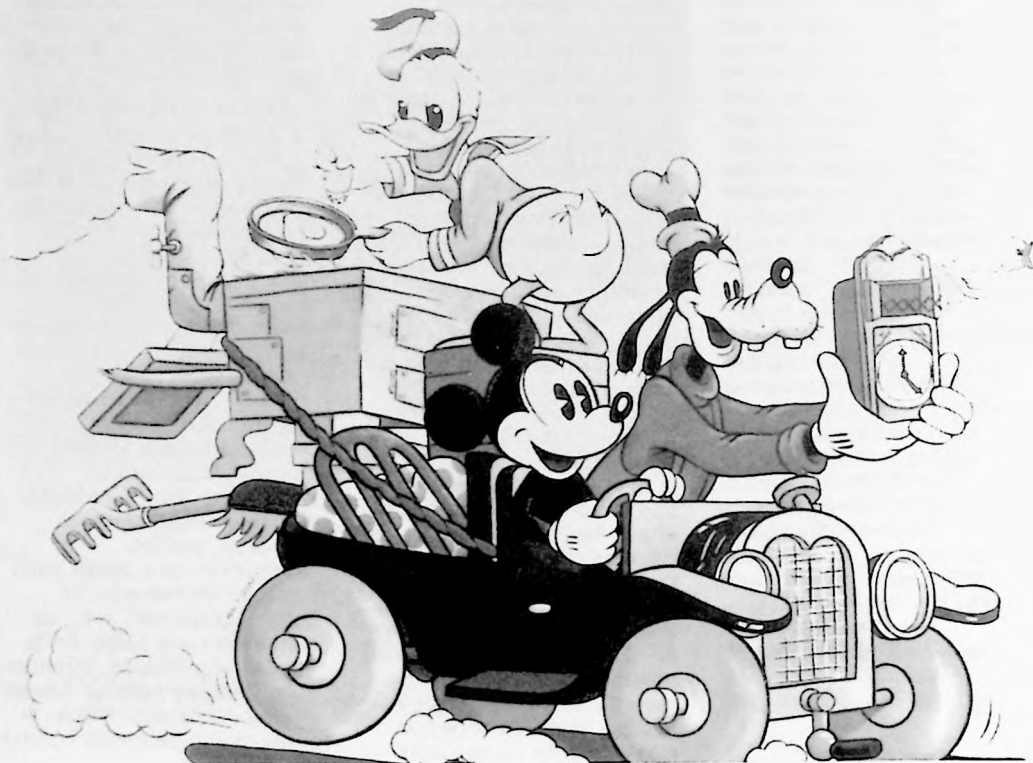
Tú debes acordarte de que en el 133 de la Mac Dougall está el Provincetown Playhouse. Presentaban unas **Vampire Lesbians of Sodom**, con legítimo sexo en vivo, y exhibían fotos muy retocadas de las señoras que intervenían en la obra "teatral". Veintiocho dólares la entrada. Ni pensarlo. Casi al final de la cuadra me encontré un improvisado y evidentemente recién instalado *Angela Davis Memorial Hall for the Performing Arts*. Se trataba de una de esas taguaras montadas por los estudiantes, que duran poco y cobran menos aún. Se daban el lujo, con todo, de contar con dos salas. En la A, por siete dólares, ofrecían unas **Vampire Lesbian Lovers** en abierto desafío burlón al espectáculo de media cuadra

practicaban en vivo. No era el lugar, aunque sí el momento. Y lo era en todos los sentidos, porque ya casi llegaba la hora de la primera función. No vacilé: pagué mis dos dólares y medio, y pasé.

Apenas penetré a la sala destartada, provista de sillas metálicas plegables, y un piso de madera cuyas tablas polvorientas eran una amenaza para la salud y la vida, me di cuenta de que algo andaba mal, y no era en lo que me rodeaba, sino en mí. Esa sensación se mantuvo constante durante la proyección. Al principio, pensé que mi incomodidad tenía que ver con la escasa calidad de la película: los milagros, la avasallante santidad del Cristo encarnado (a quien encarnaba un Max von Sydow beatíficamente

bondadoso), la magnificencia cecilbedemillesca de los vestuarios, los decorados y el reparto de miles de extras; todo formaba parte de una estética grandilocuente pero ingenua y manipuladora, que no podía ser calificada sino de detestable, ¿no es cierto? Pero, al cabo de un buen rato, percibí con horror que la última cena me había arrancado una lágrima.

más arriba. En la B, a dos cincuenta, proyectaban una película de 1965, **The Greatest Story ever Told**, (La historia más grande jamás contada), de George Stevens. Tenía vagos recuerdos infantiles de ella; era sin duda una obra recomendable para viernes santo, pero quizás no muy apropiada para ser exhibida al lado de unas *lesbians* que





Filminutos, serie Iniciada por el cubano Juan Padrón, autor de *Vampiros en La Habana*.

Haciendo rápido recuento mental, comprobé que no era la primera: llevaba tiempo llorando, como cualquier imbécil idiotizado por el canal Disney de televisión. Que yo detestaba la operación manipuladora, era un hecho; pero también era un hecho que, sometido a su influencia, la disfrutaba puercamente hasta el fondo. Como con tantos vicios, también con éste yo experimentaba esa singular disociación esquizofrénica entre la mente consciente para la cual son claros los males, por un lado; y por el otro el instinto que quiere satisfacerse y se satisface, al margen de lo que diga la mente; o, para llamarla con un nombre más preciso: la conciencia.

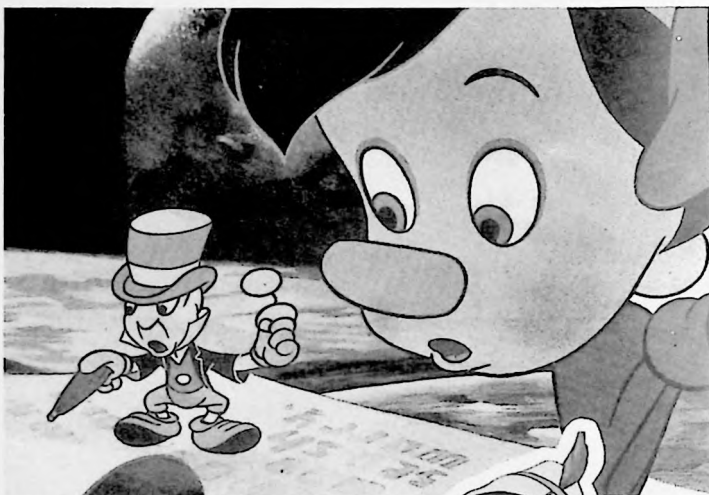
A la salida, me puse a meditar el asunto en un autobús que me llevó al Battery Park, frente al mar neblinoso de fines del invierno y comienzos de la primavera, cruzado de gaviotas y barcos de todos los tamaños; especialmente apropiado para la meditación. ¿Podía yo contentarme con la sencilla explicación, de lo más católico-ortodoxa, por cierto, de una oposición entre la razón y el instinto? Pensar es recordar, como dijo Platón. Recordé la primera vez que vi **La historia más grande...**, siendo yo un muchachito. Diez, once años tendría yo, cuando mi mamá, empeñada en hacer de mí un santo, me llevó al espectáculo. Y recuerdo

cómo lo gocé con todas mis ganas. Era algo tan bueno como **Bambi** y quizás hasta mejor. Algo donde uno podía llorar y sentirse moralmente limpio, en medio de una nube embriagadora de colores y música celestial. Lo mismo que una de esas series de láminas de catecismo, o de estampas policromas de primera comunión, con aquellos santos barbudos, sus halos resplandecientes, sus túnicas de pliegues tan planchaditos y con rayos de luz surgiendo de las manos del Hijo de Dios en el momento de llevar a cabo un fantástico milagro mucho más impresionante que los de Superman o Mandrake. Casi tan esplendoroso como una elección de Miss Universo transmitida por la cadena CNN. Como para salir disparado de ahí, a inscribirse inmediatamente en el Opus Dei, o en el Instituto de Estudios Superiores de la Administración. Pura droga de primera calidad.

Y de repente, con el recuerdo, vino la comprensión. Al crecer, yo había adquirido convicciones definidas acerca del carácter manipulador y malsano de aquella droga sensiblera. Pero como mis instintos me traicionaban, haciéndome disfrutar de esa basura, tomé entonces la valiente decisión de reprimirlos. Como era de esperarse, la represión tomó la forma racional de una

mentira. De una mentira fraguada para mí, por mí mismo. Una automentira. Un autoengaño. Una autotrampa disfrazada de riguroso encadenamiento, argumentativo: los intelectuales revolucionarios no condescienden frente a la sensiblería y el falso arte manipulador de Disney y de la imaginería religiosa; sólo las viejas reaccionarias telenoveleras y beatas se derriten frente de tales aberraciones; yo soy un brillante intelectual revolucionario y no una idiota vieja reaccionaria; ergo mis únicos sentimientos frente a los degenerados productos de una industria ideologizante y manipuladora, no pueden ser más que la indignación, el asco y el aburrimiento (prolongados aplausos en el hemiciclo). ¿Y esa agüita en los ojos? ¿Acaso una lágrima? Ni de broma. No es sino... Bueno... en fin... un pasajero humedecimiento irritativo, ocasionado sin duda por el aire acondicionado de la sala.

Y ya terminé mi parábola. Como dijo el Maestro: "quien tenga oídos para oír, que oiga", lo cual quiere decir, traducido al criollo: "quien tenga en esa totuma suficientes neuronas como para totumear, que totumee".



Pinocho, de Walt Disney.

—Algo me dice que tiene mucha razón. Tal vez no en todo, pero hay que reconocer que la mayor parte tiene lo suyo. ¿Otra cervecita? —dije, y sin esperar respuesta destapé la lata y repartí equitativamente su contenido en nuestros dos vasos.

—Sí —dijo Madonna, echándose otro traguito y atacando lo que quedaba de su pizza—. Yo te entiendo. Lo que pasa es que no quieres darle *toda* la razón. En parte porque el asunto tendría sus consecuencias: tú sabes, reconocerle méritos a Disney y todo eso. Uf. Y en parte por celos retrospectivos. Por miedo de que yo me vuelva a entusiasmar con el gordito.

—Qué va —respondí yo, con mi mejor cara de sinceridad.

—Claro. Ni pensar en esa tontería —afirmó ella mirando el bocado que iba a engullir. Tenía su mejor cara de sinceridad. Las dos pizzas que yo había traído eran de anchoas y salchichón con doble queso. La de Madonna iba por la mitad y a la mía le quedaban dos de los ocho triangulitos, nada más.

—De todos modos, yo también tengo mi cuento de semana santa. Fue una revelación que tuve.

—Vaya revelando su revelación —repuse.

Fantasia, de Walt Disney.





Caperucita y el lobo (Dibujo de Pedro José Martínez)

Cuando yo era niña tenía dos pasiones, y no eran el sexo y el sueño como quizás podrías suponer, sino los chocolates y las películas de Disney. De adolescente, dejé el chocolate, porque me dijeron que provocaba acné, y dejé las películas de Disney porque me aficioné a leer los artículos del venerable decano de la crítica cinematográfica venezolana. En ellos se tocaba frecuentemente el tema Disney, y se mostraba con lujo de argumentos como **Bambi**, **Blancanieves** y **Fantasia** eran peores que el peor acné.

Ya hecha "toda una mujer", lo único que me interesaba era el sexo y el sueño, pero resultaba casi imposible practicarlos a gusto, entre tanta prohibición y tanto llamado a la seriedad, el realismo y la disciplina. De vez en cuando le echaba un ojo a la crecientemente fastidiosa columna del decano, y hasta veía su erudito programa televisado, de historia del cine. Una semana santa, con la T.V. repleta de episodios bíblicos, mártires del Gólgota, gladiadores y víctimas de los leones en el Coliseo, opté por lo que a mi juicio era la única alternativa: un documental sobre el dibujo animado alemán, que el decano presentó en su programa luego de una tediosa disertación en la cual subrayó la grandeza de los dibujantes izquierdistas

alemanes de animación cinematográfica en los años veinte y treinta, a kilómetros de la estupidez disneyana desarrollada en Hollywood para la misma época.

Un rato más tarde, el documental mostraba trozos de animación parecidísimos a la secuencia de la "fuga" en la Tocatta y fuga en re menor de Bach, en **Fantasia**, para explicar luego que esa película "de Disney" en realidad había sido animada en gran parte por los brillantes artistas alemanes de izquierda, emigrados a la fuerza para huir de la persecución política. Y esa fue mi revelación de semana santa: el decano decía que Disney era objetable, y que los alemanes de izquierda eran la gran maravilla, *sin haber visto jamás las películas de uno y otros*. Era igual que esos farsantes que se dicen críticos, pero valoran un cuadro por la firma, de modo que si dice *Picasso* o *Miguel Angel*, ya saben que es bueno, sin necesidad de hacer algo tan fastidioso para ellos, como contemplar un minuto las pinturas. El fanteche este era formador de la sensibilidad cinematográfica nacional, pero no necesitaba ver las películas; le bastaba con leerse la ficha técnica, y unas cuantas noticias críticas intelectualesas e izquierdosas en alguna revista francesa.

La moraleja de mi cuento es sencilla: el cine, y todo el arte, es goce. Es ilusión. Si no coincide con tu pensamiento, atácalo, vuélvelo trizas, pero eso sí: en el terreno del pensamiento. No seas tan pendejo como para no gozarte por razones de principio, e incluso caer en la mentira frente a los demás y frente a ti mismo. Si haces esto último, estarás traicionando a los principios por razones de principio.

No me pongas esa cara, pana, y déjame explicártelo mejor. Yo soy tan atea crítica como tú, y como el gordito de Mac Aracuay, pero me encanta una buena película mahometana, budista, taoísta y hasta cristiana. Pero eso sí, que sea de verdad una película religiosa, que se tome en serio su asunto y me ofrezca milagros, éxtasis, leprosos curados, lloraderas, muertos resucitados, ángeles y toda la parafernalia. Te confieso que no resisto, no soporto, no aguanto, un panfleto disfrazado de cine, que muestre la "realidad" del "mito" religioso, "llevándolo a sus determinantes socio-políticos". Tremenda ladilla, mano. No me la calo, ¿ves?

Compréndeme bien. Yo sé que el cine religioso tradicional es cursi. Como el bolero. Y tanto uno como otro son bien sabrosos, mi negro. Candela, ¿no? Azúcar. En cambio, estos panfletos con el Cristo "cotidiano" y "político", o el Buda "psico-social" son horrorosamente fastidiosos por altisonantes, engreídos, profesorales, esquemáticos, pedantes y almidonados. Pero, además, son veinte veces más cursis que los clásicos.

Un ejemplo no del cine, sino de la narrativa, para que me termines de entender. Así como no "creo" en Dios, tampoco "creo" en la Caperucita Roja, y sin

embargo a esta última me la vacilo como es; la paso bien con ella. Por otra parte, no sé qué me quieren decir cuando me aseguran que la Caperucita no es "real". Por lo pronto, ha entretenido y fascinado a millones de personas, durante siglos, lo cual la hace considerablemente más beneficiosa, duradera e influyente que un desgraciado de estos que gobiernan unos años en algún país latinoamericano para después darse la buena vida en Montecarlo gastándose en la ruleta, en putas y en caña los millones de la educación, de la salud y del transporte para las masas. Esos ladrones tienen más real que la Caperucita, pero, ¿son más reales que ella? Hazme el favor. Pero si tú me sustituyes al cuento de toda la vida, excitante, misterioso e inquietante, por una de esas versiones psicoanalíticas y profesorales, donde el lobo es la amenaza fálica, el color rojo es el símbolo de la desfloración y la cesta de comida es el producto territorial bruto, entonces sí es verdad que tú eres bien bruto.

Fíjate, amor mío. Usa ese cerebro, compa. A mí me parece excelente que se escriban interpretaciones psicoanalíticas de la Caperucita, o ensayos histórico-políticos sobre Buda. Lo que no aguanto es



Mafalda, la creación de Quino.

que cualquier infeliz me pase de contrabando su ensayito indigesto, vendiéndomelo como la "verdad" del cuento, cuando lo único que tiene el cuento de valioso, de bello y de verdadero es precisamente su fantasía, su ensoñación y su inverosimilitud. Y si no es así, te desafío a que entretengas a unos niños (o a unos adultos con alma de niños, que son los únicos adultos que sirven para algo), por más de cinco minutos, sin matarlos a bostezos, con esa sarta de bolserías académicas.

Mas aún, cariñito. Ahí es donde estuvo nuestra falla. Detestábamos la manipulación ideológica de **El Pato Donald**, de **Superman** y de **Yo quiero a Lucy**, aunque reconocíamos que estaban muy bien hechos. Y nuestra respuesta no fue crear los equivalentes contramanipulatorios, todavía mejor hechos, sino escribir tratados de ciento ochenta y dos capítulos, o sermones disfrazados de comiquitas o de películas, aptas para matar de fastidio a toda la humanidad. Yo no te niego que ha habido intentos más o menos logrados, y no te estoy hablando de productos que lee o contempla la milmillonésima parte de los integrantes de la especie, al estilo de **Boogie, el aceitoso**, o de **Vampiros en La Habana**. Yo te hablo de **Mafalda**, o de **Hägar the Horrible**, conocido inexplicablemente entre nosotros como **Olafo el amargado**. Y ni siquiera, porque **Mafalda** la pegaba sólo a veces. Otras, caía en la pedantería profesoral más lamentable. Y **Olafo** lo mismo, aparte de que te estoy hablando de la época clásica, cuando lo dibujaba Dik Browne, porque ahora lo dibuja Chris Browne, el hijo, y ha perdido muchísima fuerza.

¿Y en el cine? No te voy a hacer la lista de los Cristos sociológicos, o de las Caperucitas freudianas, porque a mí no me gusta hablar mal de la gente. Para muestra, basta el botón de **La última tentación**. Más bien déjame ponerte un ejemplo parecido a **Mafalda** o a **Olafo**; es decir, una película que logra hasta cierto punto lo que ellos logran —también hasta cierto punto— en el *comic*: desmitificar, pero con gracia, con fantasía, con ingenio, y no con pesadez académica.



La noche de los lobos, de Neil Jordan.

Mi ejemplo es aquella obra de 1984, creo; casi olvidada y en Venezuela, además, pasada virtualmente por debajo de la mesa: **The Company of Wolves**, de Neil Jordan. Aquí la llamaron **La noche de los lobos**, o algo parecidamente tonto, que le quita al título su toquecito de humor. Un humor británico que salva al título, y a toda la cinta, de ser una astracanada de hombres-lobos y Caperucitas freudianas. Tiene de todo eso, claro está, pero le hace el psicoanálisis a Caperucita sin tomárselo en serio y sin dormir a los espectadores. Y se burla de sus propios hombres-lobos, con frescura, chispa e inteligencia. Así es como se hace, pana, pero es muy difícil. Hay que ser Neil

Jordan, y contar con unos actores como David Warner y Angela Lansbury. Eso no se ve a cada momento. Lo normal es uno de estos dos extremos: o el sancocho ideológico de **Blancanieves y La historia más grande...**; o el mojón ideológico de **La última tentación**. Me quedo con el primero, mi amor. Y ya está bueno de vulgaridades; vamos al arte. Con lo cual quiero decirte que te invito a que me acompañes al lecho, amado mío, para que nos entreguemos al hecho; es decir, a las dos actividades fundamentales que en ese sagrado lugar solemos practicar. He dicho.



Pequeña revancha, de Olegario Barrera.



Jesucristo Suparestrella, de Norman Jewison.

La batalla de Argel, de Gillo Pontecorvo.



Ahora todo está en silencio, en ese momento de la madrugada cuando todo se detiene; cuando hasta el tiempo se detiene. La miro a mi lado, con su inmensa y abandonada hermosura, blandamente entregada a mi contemplación. Enciendo el consabido cigarrito; no el clásico cigarrito del ratón moral, pues en esta casa ya no hay ratones, sino el célebre cigarrito de la meditación.

Y mi primera meditación dice que mirar a Madonna desnuda, mientras ella sueña sonriendo, es el mayor de los placeres que yo he conocido. Creo que no podría vivir sin los otros placeres que a ella le debo, pero este de mirarla interminablemente es el más grande de todos. Balbucea algo en su sueño. Es mi nombre. Ella pronuncia mi nombre. Y yo soy feliz. Soy.

¿Sería yo igualmente feliz si el nombre pronunciado fuera el de otro? ¿El de mi amigo el gordito, por ejemplo? Seguramente no, y sin embargo... Estoy agradecido a ambos, porque de algún modo a ambos les debo mucho. Ambos me enseñan cosas importantes. Me enseñan a soñar.

Caractericé mal a Madonna cuando dije que a ella le gustaba dormir. Lo que le gusta es soñar. Sus dos objetivos son el sueño y el sexo. El sexo, que es otro sueño cuando es con ella. ¿Y

el cine? ¿No es el cine como el sexo y el sueño? ¿No es una variante; la más gloriosa de sus variantes, tal vez?

¿Puede ser un sueño el cine comprometido, el cine que expone una tesis y se pronuncia por una manera de ver las cosas? Sí. Seguro que sí. **La batalla de Argel**, de Gillo Pontecorvo; **El ciudadano Kane**, de Orson Welles; **Pequeña Revancha**, de Olegario Barrera. Y si tengo que pensar en Jesucristo, ya que el crucifijo de Madonna vuelve a lanzar sus destellos dorados a mis ojos, entonces pienso en **El Evangelio según San Mateo**, de Pier Paolo Pasolini: una película comprometida y sobrecogedoramente hermosa, a muchos años luz de distancia, por encima de **La última tentación**, que no es ni chicha ni limonada, porque consigue matar la fantasía y el sueño, pero dejando la cursilería. Para eso, son hasta preferibles **Godspell** o **Jesucristo Superestrella**, que al menos tienen su musiquita, aunque incurran en esas insufribles revolucionarizaciones de Judas, sexualizaciones de la Magdalena y supuestas humanizaciones —que no son sino disoluciones— de Jesús.

Ciudadano Kane, de Orson Welles (1940).





El evangelio según San Mateo, de Pier-Paolo Pasolini.

¿Y Disney? Aspiro la última bocada y apago el cigarrillo estrujándolo en el cenicero. Medito en que los enemigos seductores son los peores, porque nos inducen a engañarnos a nosotros mismos, al negar su evidente seducción. Me juro a mí mismo que seguiré llorando con **Bambi** y con **Pinocho**, por lo bien hechos que están, y que también lloraré por tanto niño convertido en imbécil a través de esos insidiosos vehículos de la deformación. Y me juro que no le daré tregua al enemigo, pero tampoco me caeré a mentiras diciéndome que mi enemigo no sabe conmovirme. Lo derrotaré peleando, sin caer en trampas autoengañadoras y autodestructivas.

Maddona vuelve a sus ronquiditos. Un bucle le cae por la frente y la nariz, hasta la boca, y se levanta cada vez que ella resopla, para volver a caer enseguida. Lo aparto con infinito cuidado y beso imperceptiblemente sus labios entreabiertos. Ella ríe sin despertarse y vuelve a hablar en su sueño. Ella es lo mejor que hay. Ella es como un sueño. Ella es como el cine. Ella pronuncia mi nombre

El tiempo congelado en Ciudadano Kane.

